

Psicología del fanático

Por ENRIQUE GUARNER

ENTRE las posiciones que más he odiado a lo largo de mi vida se halla la del fanático y una de las mejores definiciones de esa actitud nos la proporciona Jaime Balmes en su ensayo intitulado "El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea". En esta obra publicada en 1844 el filósofo afirma: "el fanático no es más que una viva exaltación del ánimo fuertemente señoreada por opiniones falsas o exageradas".

Un ejemplo tal vez trivial pero claro lo encontramos dentro del mundo taurino mexicano en el que participo al escribir la crónica de las corridas durante la temporada formal para NOVEDADES. Muchas personas que no cejan de hacer su lectura, las califican como antipatrióticas, porque los juicios que emito critican a nuestros toreros sin colocarlos por encima de aquellos que nos visitan. Habitualmente estos últimos demuestran una clara superioridad derivada de que cuando actúan en España, Francia o Sudamérica tienen que enfrentarse con el verdadero toro con el que adquieren destreza, técnica y valor para poder lidiarlo. Por el contrario, los diestros nacionales están acostumbrados en los estados al becerrito y en la capital sólo torea dóciles novillos obteniendo triunfos bastante dudosos.

Ante esta marcada inferioridad surgen los fanáticos que sostienen juicios absurdos, manifestando abiertamente que aquí se halla el emporio de la Tauromaquia y aseguran que los nuestros son mejores al pertenecer a la llamada "Escuela Mexicana del Toreo", lo cual los convierte en preeminentes. Cuando uno interroga sobre los cimientos de la misma, nos encontramos con una serie de disparates. Los descubridores de esa entidad señalan que los toreros extranjeros traen el "par hecho" al colocar banderillas, que rematan las series después de instrumentar tres o cuatro redondos y que carecen de inspiración o sentimiento en sus faenas.

Todos los conceptos anteriores suenan absolutamente insubstanciales y ligeros porque en primer lugar es difícil poner los rehiletes separados ante un toro de Miura o Victorino Martín; segundo porque resulta muchísimo más bello el que después de una serie de tres o cuatro naturales se remate o concluya lo que se inició, a convertirse el torero en un pega-pases que no finaliza nunca las tandas. Por último, no creo

que la emoción o el temple sea un atributo exclusivo de los pobladores de un determinado país. En consecuencia los toreros se dividen en buenos, regulares y malos sin que las fronteras decidan la superioridad de unos u otros.

Aunque las nociones apuntadas sean transparentes para cualquiera, el individuo fanático no puede entenderlo porque de inmediato fabrica aquello a lo que los psicoanalistas denominamos "racionalizaciones", que no son más que argumentos favorables para ellos, aunque en el fondo sean erróneos o falsos. Es por esto que cuando en las discusiones se les contradice se topa uno con paredes y para defender a los toreros mexicanos se usa un apasionamiento vehemente irreductible a toda lógica y se considera que el insulto a la patria requiere de la aplicación del artículo 33 de la Constitución para el crítico.

Parece mentira que tratándose de un arte menor como son los toros se produzcan este tipo de reacciones y se defiendan con mayor ahínco a los lidiadores nacionales que a cosas más trascendentes como sería nuestra música, la pintura, medicina o arquitectura. La razón de este verdadero fanatismo reside en no conformarnos con un pasado glorioso que fuera la época en que los toreros mexicanos sí tenían una posición muy similar a los mejores de España, situación que fue desbordada por la corrupción en la que hemos estado sumidos a lo largo del último cuarto de siglo. El declive actual del toreo en México ha provocado un conjunto de personas intolerantes y envidiosas que careciendo de objetividad ensalzan e inventan a diestros imaginarios que rara vez triunfan fuera de nuestras fronteras.

Sin embargo, el tema del fanatismo no se reduce al campo taurino, sino que también abarca la política, religión, literatura, música o la misma ciencia. Diré en primer lugar que el verdadero fanático es un ser obcecado mentalmente, que presenta una ceguera en su entendimiento, por lo que se convierte en una especie de visionario autoconvenciéndose de poseer una verdad absoluta. En su terquedad cierra los sentidos ante cualquier razonamiento que difiera del suyo. Con este empecinamiento en el juicio surge la necesidad de luchar contra todo aquel que no esté de acuerdo.

En su naturaleza, el fanático difiere abiertamente del idealista o soñador al que nunca le hacen mella las contradicciones, porque sabe que la postura que adoptó se basa en la realidad y es por lo

tanto auténtica e imposible de modificar. Por ello una vez que ha manifestado su opinión se retira de la discusión sabiendo que nada podrá modificar lo que piensa.

Por el contrario, el fanático cierra los ojos para no ver la verdad y desdén a su interlocutor por lo que suele hacerle algún desplante y si es necesario se prepara para la lucha o estalla en violencia sin cuartel. Esta agresión emana de que sabe de antemano que su opinión no se apoya en la realidad y requiere de un enorme grado de exageración o apasionamiento para defenderla. Es decir, cuando una apreciación resulta absolutamente veraz, se justifica por sí misma al sostenerse legítimamente sin que se utilice la exaltación o la efervescencia del ánimo. La raíz y génesis del fanatismo parte de una inclinación de carácter vehemente que no examina los defectos de las teorías que se apoyan en prejuicios y supersticiones sumergiendo al hombre en sus instintos más brutales. Es por ello que en la antigüedad las diferencias en cuanto a posiciones religiosas provocaron el exterminio de los contrincantes. En tiempos recientes han sido las distancias económicas las que han desarrollado las guerras más injustas y en este siglo apareció el terrible nazismo, que desencadenó una horrible cruzada hacia los pueblos europeos o los judíos que no se sometían a los designios germánicos. Tampoco podemos olvidar el que las defensas de los sistemas capitalistas o comunistas han provocado fanatismos desbordados, cuando todos sabemos que en el fondo las dos posiciones son absolutamente injustas e improcedentes. Todos estos extravíos de la mente arrastran a los hombres a conductas extremadamente violentas y que en el fondo están desprovistas de heroicidad.

Aspectos psicológicos

Uno de los mayores descubrimientos de Sigmund Freud fue el observar que las enfermedades psíquicas se derivan de que los pacientes rehusan admitir sus impulsos. La represión de los mismos en el inconsciente da lugar a la salida de síntomas como la angustia, fobias, melancolía, estados de tensión, etc.; o a la expresión enmascarada de lo que verdaderamente sienten actuando de manera irrelevante como en las actitudes fanáticas. Sólo cuando los terapeutas hacen conscientes los impulsos reprimidos se abate la ansiedad o la absurda conducta y la persona puede adaptarse a la realidad del mundo en el que vive.

En el fanatismo surge de inmediato la necesidad inconsciente de dominar y quienes lo padecen sienten superioridad sobre aquellos que los contradicen a los que consideran como inferiores. La noción de cualquier igualdad se vuelve intolerable porque en ellos predomina una terrible inseguridad para sostener sus teorías. Tengo que decir que no todos los fanáticos son necesariamente paranoicos, pero que ese núcleo se incrementa por la suspicacia con la que actúan y que son frecuentes las ideas de referencia y de megalomanía. ~~Elas parten de que suponen que~~ luchan en favor de una gran misión que tarde o temprano será aceptada aún por sus opositores mas recalcitrantes. Asimismo cuando los fanáticos hallan resistencia pueden colegir que existe una conspiración lógicamente imaginaria. Vemos lo anterior en el campo taurino, donde se deduce que la falta de triunfos internacionales de nuestros toreros fue iniciada por las autoridades, empresarios o jueces españoles y se evita involucrar al público ibérico para que el diagnóstico de delirio de persecución no se vuelva demasiado marcado.

En conclusión, el fanático distorsiona falsificando, valiéndose de una lógica arreglada pero falsea los juicios, dando pasó a una obsesión intolerante que puede provocar un daño desmedido a diferentes campos de la conducta humana.